

Experiencia guiada: La Montaña

He llegado al pie de la montaña. Respiro el aire puro de la mañana y percibo la firmeza del suelo contra mis pies. Escucho el canto de pájaros que vuelan de rama en rama y pienso en todo lo que me conecta al entorno y a la vida (*).

Antes de iniciar el ascenso, reviso que cuento con agua suficiente y me recuerdo una vez más el propósito que me ha traído a subir la montaña (*).

A paso lento, voy remontando la cuesta, que describe una ancha curva.

Luego de recorrer un trecho, siento que algo me aprieta en la cintura y trato de aflojar el cinturón, pero por algún extraño motivo, no cede. Continúo mi camino con algo de esfuerzo. Algo me dice que debo pasar revista a mis rencores (*).

Llego a una especie de mirador, en el que, desde lo alto, puedo ver mejor aquello con lo que estoy resentido y contrariado. El pasado se hace presente ante mis ojos (*).

¡Suelta tus armas!, me dice una voz a mis espaldas, desde adentro de las rocas adheridas a la montaña.

De repente, veo que estoy vestido como un caballero medieval, con pesadas corazas y portando diversas armas. Me dispongo a seguir el consejo y deposito en aquella cornisa todos los elementos de ataque que llevo.

Sin mirar atrás, continúo por el camino, ahora más pedregoso, que sigue bordeando la montaña.

Siento alguna dificultad para respirar, quizás por efecto de la altura y hago mi marcha más lenta, pero no me detengo. No sé porqué comienzo a imaginar, de un modo bastante pesimista, en todo lo que podría ocurrirme más adelante. Pasan por mi mente varios de mis temores a futuro (*).

Llego a un nuevo promontorio, que aprovecho para tomar un respiro. Unas aves negras revolotean en círculos a poca distancia. Una de ellas se separa del grupo, se suspende frente a mí y cambiando de colores por el reflejo del sol, parece decirme: ¡Deja aquí tu escudo! ¡Deshazte de tu armadura!

Sigo la sugerencia, sintiendo la liviandad que me permite persistir en el ascenso, que ahora se vuelve algo más empinado.

De pronto reparo en que, en realidad, voy a lomos de un caballo de fino pelaje y buen porte. Eso me facilita el andar, pero debo sujetar bien las riendas, para que no se dispare y caigamos al abismo.

En una nueva curva del camino, el animal vuelve su cabeza y me dice: Soy la representación de tus ensueños, aquellas imágenes sobre las que cabalgas y te fatigas por alcanzar.

De inmediato, mientras detengo la marcha, se despliegan ante mí, como fotos saliendo de una bandeja de revelado, aquellos objetivos que ansío alcanzar en el futuro (*).

Reconozco en varios de ellos revanchas de frustraciones pasadas, mientras que otros destacan entre los demás, elevándose con un aroma florido y a la vez desconocido (*).

El corcel se transforma entonces en una mula, flaca y grisácea, que parece sonreírme con una dentadura amarillenta. ¿Seguimos el ascenso?, me pregunta.

A eso vinimos, le respondo. Y así, con paso seguro y mucha experiencia, la mula me transporta por una ladera ya escarpada y angosta. Aquí no debo improvisar, me digo, y dejo que el animal haga su tarea.

De manera abrupta, el sendero de montaña se termina. Despido amistosamente al aliviado compañero de ruta, quien desanda tranquilamente hacia abajo el camino.

Veo una hendidura en la piedra que se agranda, dejando que me adentre en ella. La oscuridad inicial da paso a una tenue luz por la que descubro unos peldaños tallados en el interior de la montaña. Feliz de encontrar una salida, subo la escalinata que, con un leve serpenteo, me lleva a la cima, un espacio plano y sereno en el que sé que debo esperar lo que ocurra, calmo, paciente y con fe. Apelo entonces a la imagen de mi guía interno para que esté a mi lado y brinde la mejor orientación (*).

Transcurre un tiempo y creo haber perdido la conciencia. No recuerdo nada de lo sucedido, mientras veo que estoy sentado confortablemente en el asiento trasero de un vehículo, en el que viajo junto a entrañables amigos y amigas, que gastan bromas sobre mi mirada algo perdida.

Me siento alegre, bajo la ventanilla del automóvil y me regocija percibir el viento sobre mi cara.

Estoy seguro que, pese a no poder precisarlo, algo extraordinario y reconfortante ha sucedido. Como un lejano recuerdo que, sin duda, se expresará en el mundo (*).